

NACIMIENTO DEL VINALOPÓ (DE BOCAIRENT A BAÑERES DE MARIOLA)

Excursión 113

Llegándonos las fiestas navideñas, qué mejor ofrecimiento para nuestra próxima excursión que la visita a un nacimiento. Y para que este simbolismo sea mayor iremos, precisamente, al lugar donde podemos encontrar más a mano casi todos los referentes navideños, como el turrón, las uvas, los juguetes y, si se me apura, los vinos dulces, los cavas y hasta el calzado que hemos de dejar junto a la chimenea para que Papá Noel y Reyes Magos dejen ahí los regalos. También la nieve suele estar presente por estas fechas en las sierras próximas, si es que el cacareado cambio climático no altera las costumbres meteorológicas de la zona.

El comienzo de nuestra excursión nos pillará yendo de camino (como en cualquier parto de los de antes) en un punto de la CV794, poco después de haber pasado Bocairent, el bello pueblo cuya estampa inmortalizó el ilustre botánico Cavanilles (en sus Observaciones sobre la geografía del Reino de Valencia) y que se mantiene prácticamente intacta doscientos años después, para orgullo de sus gentes y deleite de sus visitantes. Los más fieles odositas seguramente recordarán que aquí acabó una de nuestras primeras excursiones (allá por el 2006), tras recorrer el barranco dels Tarongers viniendo desde Ontinyent. Es como si hiciéramos una segunda etapa de aquel paseo, aunque habrá algunas notables diferencias: en aquella ocasión no salimos de la comarca de la Vall d'Albaida, dentro de la provincia de Valencia; ahora entraremos en la comarca de l'Alcoià, en tierras alicantinas.

Es una ruta que podemos calificar como bastante fácil y apta para todos los públicos, especialmente para los niños, a pesar de sus casi 14 km, que aún podría acortarse si, como se comentará después, alguno no desea caminar tanto. No parece, sin embargo, que eso sea necesario, pues lo más costoso es el trance inicial de la horita corta: son dos kilómetros de cauce seco y algo pedregoso, tras kilómetro y medio de camino normal. Es entonces, cuando ya estaremos ansiosos y con

incertidumbre por ver nacer la criatura, que llegará el instante de romper aguas en la Font de la Coveta (en la partida de nacimiento, constará este lugar de Bocairent, Valencia), y, a partir de entonces, el sonido de la corriente del conocido como manadero del Vinalopó nos provocará la misma alegría que el primer llanto de un niño y las aguas cristalinas o turquesas serán como sus primeras lágrimas. El recorrido se torna, a partir de aquí, como un parque infantil con sus pozas y pequeñas cascadas, escalinatas y puentecitos de madera, el musgo sobre las rocas, los sauces, chopos, robles y bayas de distintos tipos vistiendo las orillas, con escalas limnimétricas para ver cuánto de crecido va el bebé, y con algunas construcciones que podrían ser como casitas del belén si no fuera porque solo son viejas masías o fábricas, como la de Blanes. Este paisaje nos acompañará poco más de un kilómetro, en el que los más pequeños y los más ancianos disfrutarán con toda seguridad. No sabemos si habrá lluvia de hojas, si el colorido otoñal va a exhibir su mejor momento (en la previa fue así), o ya estarán desnudas las ramas y habrán volado todas las hojas caídas.

Para quienes se pregunten de dónde demonios vienen estas aguas, pues la generación espontánea no cuela, la respuesta es sencilla: su madre es Mariola, es decir, este manadero no es más que una surgencia por donde drena el acuífero de esta sierra generosa, y menos mal, porque si hubiéramos de confiar en la pluviosidad de las comarcas del Vinalopó poco alimento tendría la criatura y, tal vez, ni siquiera habría llegado a nacer. Lo de ser un río valenciano le va a durar poco al Vinalopó, con sus primeros balbuceos marcha hacia la provincia de Alicante y ya no regresa.

Visto (y viendo) este nacimiento, en los alrededores de la antigua fábrica de Blanes tomaremos el almuerzo y después, sin poder bañarnos en uno de los mejores rincones (el Toll Blau), seguiremos avanzando ya separados del cauce, alejándonos de él por su margen derecha. Tras casi los 5 km recorridos que llevaremos en ese momento, vayamos por donde vayamos, nos tocará hacer la única subida de la excursión. Llamar subida a un desnivel de menos de 150 metros en algo más de 2 kilómetros es un poco/bastante exagerado, así que estará al alcance de todos.

Pasada la “cuesta”, nos dirigiremos a Bañeres pasando de unas a otras sendas y caminitos que se intuye (pues, para ser sinceros, en la previa volvimos a Bocairent) son de andar muy cómodo y en un paisaje muy amable. Finalmente, cuando entremos en Bañeres, lo haremos desde el norte, que está a mayor cota que el Restaurante, por lo que el paseo por la población será, sin duda, triunfal y podremos cobrarnos, aunque sea pagando y sin esperar a nadie, la merecida cerveza.

Entre posibles opciones analizadas nos hemos decantado por la más larga, por ser la que nos permite divisar también la “vertiente” norte, que es por donde va la acequia del Reg. Las otras alternativas consisten en tomar caminos directos hacia Bañeres en los puntos marcados como opciones 1, 2. Estas opciones ahorran algunos kilómetros de recorrido, pero apenas se rebaja el desnivel y, en algún caso, la pendiente puede ser mayor: no compensa.

Creo que este tríptico quedaría incompleto si no hiciera un apunte sobre el devenir del recién nacido Vinalopó. Para valorar este río en su justa medida, siguiendo el símil cristiano utilizado como guion, hay que ser conscientes de los milagros que obra: es un río generoso como pocos, que desde el siglo XIX sufre pasión (por presión), por arriba (azud que hace desaparecer rápidamente sus aguas superficiales) y por abajo (potentes baterías de pozos, cada vez más profundos, y canales como el del Cid, el de Elche y el de la Huerta que trasvasan por doquier sus aguas), y este sacrificio ha permitido el fuerte crecimiento agrícola, industrial y turístico de la cuarta provincia de España. Una última reflexión: es, curiosamente, la solidaridad de otros pobres (los ríos Segura y Tajo) la que proporciona respiración asistida a los usuarios atendidos por el Vinalopó, evitando que muera sobreexplotado y es la solidaridad de otro río que tampoco anda sobrado (el Júcar), en el que se confía para su resurrección. Aun así, este río, que apenas puede llegar al mar y se difumina exhausto por los campos ilicitanos, es el que obra el milagro de dar vida a un espacio ambiental tan valioso como las salinas de Santa Pola, de las que se puede decir que es padre (su madre es la mar).